

ANTONY BEEVOR

LA ÚLTIMA APUESTA
DE HITLER
Ardenas 1944

Traducción castellana de
Teófilo de Lozoya y
Juan Rabasseda

CRÍTICA
BARCELONA

Fiebre de victoria

A primera hora del día 27 de agosto de 1944, el general Dwight D. Eisenhower salía de Chartres para visitar París, que acababa de ser liberada. «Es domingo —dijo el comandante supremo aliado al general Omar Bradley, que lo acompañaba—. Todo el mundo dormirá hasta tarde. Podremos hacerlo sin levantar revuelo.»¹ Pero los dos generales difícilmente pasaban inadvertidos cuando se dirigían a toda velocidad hacia la capital francesa para efectuar su supuesta «visita informal».² El Cadillac verde oliva del comandante supremo se desplazaba escoltado por dos vehículos blindados, y un *jeep* en el que viajaba un general de brigada que abría paso a la comitiva.

Cuando llegaron a la Porte d'Orléans, una escolta todavía más numerosa formada por miembros del 38.º Escuadrón de Reconocimiento de Caballería los esperaba en orden de revista, con el general de división Gerow a la cabeza. Leonard Gerow, viejo amigo de Eisenhower, aún estaba furioso y lleno de resentimiento por culpa del general Philippe Leclerc, de la 2.ª División Acorazada francesa, quien había desobedecido continuamente todas sus órdenes durante el avance sobre París. El día anterior, Gerow, que se consideraba gobernador militar de París, había prohibido que Leclerc y su división participaran en el desfile del general De Gaulle desde el Arco del Triunfo a Notre Dame. Había dicho al francés que «siguiera con la misión encomendada de limpiar de enemigos París y sus alrededores».³ Leclerc había hecho caso omiso de las órdenes de Gerow durante todo

el proceso de liberación de la capital, pero aquella mañana había enviado parte de su división al norte de la ciudad para atacar las posiciones alemanas existentes en las inmediaciones de Saint-Denis.

Las calles de París estaban vacías porque los alemanes en retirada habían confiscado prácticamente todos los vehículos que podían moverse. Incluso el metro era impredecible debido a la escasez del suministro eléctrico. De hecho, la llamada «Ciudad de la Luz» se iluminaba con velas adquiridas en el mercado negro. Sus hermosos edificios parecían apagados y exhaustos, aunque afortunadamente intactos. La orden de Hitler de reducir París a «un campo de escombros» no había sido acatada.⁴ En medio del júbilo reinante inmediatamente después de la liberación, la gente en las calles seguía saludando con alegría cada vez que veía pasar a un soldado o un vehículo estadounidense. Pero los parisinos no tardarían mucho en empezar a murmurar *Pire que les boches* («Peor que los Boches»)⁵.

A pesar del comentario de Eisenhower sobre el hecho de visitar París «sin levantar revuelo», su viaje tenía un propósito claro y definido: iban a reunirse con el general Charles de Gaulle, el líder del gobierno provisional francés que el presidente Roosevelt se negaba a reconocer. Eisenhower, hombre pragmático, estaba dispuesto a ignorar las enérgicas directrices de su presidente en el sentido de que las fuerzas de Estados Unidos no estaban en Francia para instalar en el poder al general De Gaulle. El comandante supremo necesitaba estabilidad en la retaguardia de su frente, y como De Gaulle parecía el único individuo capaz de proporcionársela, estaba decidido a apoyarlo.

Ni De Gaulle ni Eisenhower querían que el peligroso caos reinante tras la liberación se les fuera de las manos, especialmente en un momento de rumores desenfrenados, pánicos repentinos, teorías de la conspiración y delicadas denuncias de supuesto colaboracionismo. En el curso de una acción, con la ayuda de un compañero, el escritor J. D. Salinger, sargento del Cuerpo de Contraespionaje de la 4.^a División de Infantería, había detenido a un sospechoso cerca del Hôtel de Ville (Ayuntamiento) solo para ver cómo una multitud enfurecida se apoderaba del desdichado, se lo llevaba a rastras y empezaba a golpearlo hasta acabar con su vida. El día anterior, el desfile triunfante de De Gaulle desde el Arco del Triunfo hasta Notre Dame había acabado con

un tiroteo salvaje dentro de la mismísima catedral. El incidente sirvió para convencer a De Gaulle de que debía desarmar a la Resistencia y reclutar a sus miembros para crear un ejército regular francés. Aquella misma tarde, el Cuartel General Supremo de la Fuerza Expedicionaria Aliada (SHAEF, por sus siglas en inglés)* recibió una petición de quince mil uniformes. Por desgracia, no había un número suficiente de tallas pequeñas, pues el hombre francés se caracterizaba por ser, por término medio, más bajo que sus coetáneos estadounidenses.

La reunión de De Gaulle con los dos generales norteamericanos tuvo lugar en el Ministerio de la Guerra, en la rue Saint-Dominique. Era el mismo lugar en el que durante el trágico verano de 1940 había comenzado su breve carrera ministerial, y había decidido regresar allí para hacer más viva la impresión de continuidad. Su fórmula para borrar la vergonzosa etapa del régimen de Vichy fue majestuosamente sencilla: «La República nunca ha dejado de existir». De Gaulle quería que Eisenhower mantuviera la división de Leclerc en París para garantizar la ley y el orden, pero como algunas unidades de Leclerc ya habían empezado a abandonar la ciudad, propuso que los estadounidenses tal vez pudieran impresionar a la población con una «demonstración de fuerza» que sirviera para tranquilizarla y asegurarle que los alemanes no iban a volver. ¿Por qué no hacer marchar a una división entera, o quizá dos, por las calles de París de camino al frente? Eisenhower, pensando que resultaba bastante irónico que el general francés solicitara una actuación de tropas estadounidenses «para establecer firmemente su posición»,⁶ miró a Bradley y le pidió su opinión. Bradley dijo que era perfectamente posible organizarlo todo en menos de dos días. Así pues, Eisenhower invitó a De Gaulle a presidir el desfile y responder al saludo en compañía del general Bradley. Él, por su parte, no podría asistir.

A su regreso a Chartres, Eisenhower invitó al general sir Bernard Montgomery a unirse a De Gaulle y a Bradley para la celebración del desfile, pero el británico prefirió no ir a París. Este detalle, aparentemente insignificante pero pertinente, no impidió que ciertos periódicos ingleses acusaran a los estadounidenses de querer llevarse toda la glo-

* Véase glosario.

ria. Las relaciones interaliadas se verían gravemente perjudicadas por la compulsión que había en Fleet Street de ver en prácticamente todas las decisiones del SHAEF un desaire continuo a Montgomery, y por lo tanto a los británicos. Ello era el reflejo de un resentimiento generalizado de los británicos, que se veían relegados a un segundo plano. En aquellos momentos los estadounidenses dirigían el espectáculo, y reivindicarían la victoria. El ayudante británico de Eisenhower, el mariscal del Aire sir Arthur Tedder, estaba alarmado por los prejuicios de la prensa británica: «Por lo que oí en el SHAEF, no pude evitar que me asaltara el temor de que ese proceso acabaría sembrando la semilla de la discordia entre los Aliados».⁷

Al día siguiente, a última hora de la tarde, la 28.^a División de Infantería, a las órdenes de su comandante, el general Norman D. Cota, se trasladó de Versalles a París bajo una intensa lluvia. «Dutch» Cota, que había demostrado un arrojo y liderazgo extraordinarios en la playa Omaha, había asumido el mando de la unidad hacía menos de dos semanas, después de que un francotirador alemán acabara con la vida de su predecesor. Los combates en los campos repletos de setos y arbustos de la región normanda habían sido largos y atroces en los meses de junio y julio, pero la embestida efectuada por el III Ejército del general George C. Patton a comienzos de agosto había supuesto una recarga de optimismo durante los ataques a orillas del Sena y el avance hacia París.

En el Bois de Boulogne habían sido instaladas varias duchas para que los hombres de Cota pudieran asearse debidamente antes del desfile. A la mañana siguiente, 29 de agosto, la división recorrió la avenida Foch hasta el Arco del Triunfo para luego tomar la larguísima y espectacular avenida de los Campos Elíseos. Soldados de infantería con el casco puesto y el fusil al hombro con la bayoneta calada, marcharon con todo el equipo de combate. La masa de uniformes de color verde oliva desfilando en columna de veinticuatro en fondo se extendió de un lado al otro de la amplia avenida. Todos los soldados llevaban en el hombro el distintivo de su división, la «piedra angular» roja, símbolo del estado de Pensilvania, que los alemanes llamaban «cubo de sangre» por su forma.⁸

Los franceses contemplaron el desfile llenos de asombro, tanto por la informalidad de los uniformes estadounidenses como por aquella

gran cantidad de material que parecía ilimitada. «Une armée de mécanos», escribió en su diario Jean Galtier-Boissière.⁹ Aquella mañana, en los Campos Elíseos, la multitud de franceses allí congregada no podía creer que una sola división pudiera disponer de tantísimos vehículos: un sinfín de *jeeps*, algunos con ametralladoras de calibre .50 montadas en su parte posterior; vehículos de exploración; la artillería, con su obuses «Long Tom» de 155 mm remolcados por cabezas tractoras sobre orugas; los zapadores; las unidades de intendencia/servicios, con pequeños camiones y vehículos de diez toneladas de peso; los carros de combate Sherman M-4; y los cazacarros. Esta exhibición hacía que, curiosamente, la Wehrmacht —el ejército considerado invencible que en 1940 había conquistado Francia— pareciera una fuerza desfasada con sus vehículos de transporte tirados por caballos.

El estrado de las autoridades militares estaba en la Place de la Concorde. Los ingenieros del ejército lo habían hecho con botes de asalto puestos boca abajo y ocultos por una larga bandera tricolor a modo de paramento. Un número importante de banderas estadounidenses ondeaba al viento. Delante, la banda de cincuenta y seis músicos que había encabezado el desfile tocaba la marcha de la división, «Khaki Bill». La multitud de franceses que contemplaba el espectáculo probablemente lo ignorara, pero lo cierto es que todos los soldados sabían que la 28.^a División se dirigía hacia el norte de la ciudad para atacar las posiciones alemanas que seguían en la zona. «Fue una de las órdenes de ataque más curiosa que se haya dado —comentaría Bradley más tarde a su ayudante—. No creo que hubiera mucha gente que se diera cuenta de que los hombres desfilaban para entrar directamente en combate.»¹⁰

En la costa del canal de la Mancha, el I Ejército canadiense tenía que capturar el importante puerto de El Havre mientras el II Ejército británico se abría camino hasta el paso de Calais para dirigirse a algunos de los emplazamientos en los que los alemanes tenían sus armas de represalia, las plataformas de lanzamiento de sus diversos cohetes «V». A pesar del agotamiento de los conductores de los carros de combate y de la horrible tormenta de la noche del 30 al 31 de agosto, la División Acorazada de la Guardia ocupó Amiens y dos puentes sobre el Somme con la ayuda de la Resistencia francesa. El general

Heinrich Eberbach, comandante del V Ejército Panzer, fue pillado desprevenido a la mañana siguiente. En su avance, los británicos consiguieron abrir una brecha entre lo que quedaba del V Ejército Panzer y el XV Ejército, que había defendido el paso de Calais. Los canadienses, encabezados por el Regimiento Real de Canadá, el Regimiento de Infantería Ligera «Royal Hamilton» y el «Essex Scottish», marcharon hacia Dieppe, donde en el curso de una desastrosa incursión efectuada dos años antes habían sufrido gravísimas pérdidas.

La euforia de la victoria no habría podido ser mayor entre los Aliados. El atentado con bomba que aquel verano había sufrido Hitler en el mes de julio había fomentado la idea de que el enemigo empezaba a desintegrarse, de manera parecida a lo ocurrido en 1918, pero lo cierto es que el intento fallido de asesinato había reforzado inmensamente la dominación nazi. El departamento de inteligencia del G-2 en el SHAEF afirmaba alegremente: «Las batallas de agosto lo han conseguido, y en el oeste el enemigo está al límite».¹¹ En Londres, el gabinete de guerra creía que en Navidad todo habría acabado, y para su programa de planificación situó el final de la guerra el día 31 de diciembre. Solo Churchill se mostraría más cauteloso, pues no tenía la certeza de que los alemanes no siguieran luchando con determinación. En Washington, un convencimiento similar hizo que la atención se centrara cada vez más en la lucha desesperada contra Japón en el Pacífico. La Junta de Producción de Guerra de Estados Unidos empezó a cancelar contratos militares, incluidos los de adquisición de proyectiles de artillería.

Muchos alemanes también creían que había llegado el final. En Utrecht, el *Oberstleutnant* Fritz Fullriede escribiría en su diario: «El Frente Occidental está acabado, el enemigo ya ha llegado a Bélgica y a la frontera alemana; Rumanía, Bulgaria, Eslovaquia y Finlandia suplican la paz. Es exactamente lo que ocurrió en 1918».¹² En una estación ferroviaria de Berlín un grupo de manifestantes se había atrevido a colocar un cartel que decía: «Queremos la paz al precio que sea».¹³ En el Frente Oriental, el Ejército Rojo había aplastado al Grupo de Ejércitos Centro en el curso de la Operación Bagration, ofensiva que le había permitido efectuar un avance de quinientos kilómetros, llevándolo literalmente hasta las puertas de Varsovia y el río Vístula. En

tres meses la Wehrmacht había perdido 589.425 hombres en el Frente Oriental, y 156.726 en el Frente Occidental.¹⁴

El rápido avance hacia el Vístula había animado a los valerosos, pero desdichados, insurgentes de la *Armija Krajowa* en Varsovia. Stalin, que no quería una Polonia independiente, hizo alarde de su crueldad, permitiendo que los alemanes aplastaran a los sublevados. Prusia Oriental, con el cuartel general de Hitler en la Guarida del Lobo (*Wolfsschanze*), cerca de Rastenburg, también se veía amenazada mientras los ejércitos alemanes caían en los Balcanes. Exactamente dos días antes de la liberación de París, Rumanía rompió con el Eje cuando tropas soviéticas empezaron a cruzar sus fronteras. El 30 de agosto, el Ejército Rojo entró en Bucarest y ocupó los importantísimos campos petrolíferos de Ploesti. El camino que se abrió a la llanura húngara y el río Danubio se prolongó hasta Austria y la propia Alemania.

A mediados de agosto, el III Ejército del general George Patton atacó el Sena desde Normandía. Este episodio coincidió con el éxito de los desembarcos entre Cannes y Toulon, en la costa mediterránea, previstos por la Operación Dragoon. El peligro de quedar aislados provocó una retirada masiva de los alemanes a través del país. Numerosos miembros de la *Milice* de Vichy, conscientes de lo que les esperaba si caían en manos de la Resistencia, no dudaron en cruzar territorio hostil, recorriendo en algunos casos hasta mil kilómetros, para ponerse a salvo en Alemania. «Grupos de marcha» improvisados, una mezcla de soldados del ejército de tierra, de la Luftwaffe y de la Kriegsmarine junto con personal no combatiente destinados todos en la costa atlántica, recibieron la orden de huir al este intentando evitar a la Resistencia francesa en el camino. La Wehrmacht comenzó a reforzar un saliente alrededor de Dijon para recibir a casi un cuarto de millón de alemanes. Unos cincuenta y un mil soldados quedaron atrapados en la costa atlántica y el Mediterráneo. Los puertos importantes fueron calificados de «fortalezas» por el *Führer*, aunque no había ninguna esperanza de poder algún día acudir en su ayuda.¹⁵ Un general alemán describió esta negación de la realidad comparándola con un sacerdote católico que el Viernes Santo salpica agua bendita sobre su plato de cerdo y dice: «Eres pescado».¹⁶

A raíz del atentado frustrado del 20 de julio, la paranoia de Hitler había aumentado, alcanzando unos niveles hasta entonces desconocidos. En su Guarida del Lobo de Prusia Oriental, ya no se dedicaba a clavar aquellas típicas pullas comparando el estado mayor general alemán con «un club de intelectuales». ¹⁷ «Ahora sé por qué fracasaron mis grandes planes en Rusia estos últimos años —decía—. ¡Todo era una traición! Si no fuera por esos traidores, habríamos alcanzado la victoria hace tiempo.» ¹⁸ Hitler odiaba a los que habían conspirado contra él en julio, pero no solo por su traición, sino también por el daño que habían hecho a la imagen de unidad que daba Alemania, y el efecto que esto había tenido en los aliados del Tercer Reich y en los países neutrales.

Durante la reunión celebrada el 31 de agosto para estudiar la situación, Hitler declaró: «Habrá momentos en los que la tensión entre los Aliados será tan grande que se producirá una ruptura. A lo largo de la historia, siempre ha llegado un punto en el que las coaliciones han terminado por deshacerse». ¹⁹ Poco tiempo después, el ministro de Propaganda, Josef Goebbels, recogió rápidamente la línea de pensamiento del *Führer* en una conferencia de ministros en Berlín. «Es evidente que los conflictos políticos aumentarán con la aparente proximidad de una victoria aliada, y que un día provocarán grietas irreparables en la casa de nuestros enemigos.» ²⁰

El jefe del estado mayor de la Luftwaffe, el *General der Flieger* Werner Kreipe, anotaría en su diario el último día de agosto: «Por la tarde han llegado informes de colapso en el oeste». Durante buena parte de la noche siguió habiendo una actividad frenética con «órdenes, instrucciones, conversaciones telefónicas». ²¹ A la mañana siguiente, el *Generalfeldmarschall* Wilhelm Keitel, jefe del Oberkommando der Wehrmacht (OKW), pidió a la Luftwaffe que cediera otros cincuenta mil hombres a las fuerzas terrestres. El 2 de septiembre, Kreipe escribía: «Aparente desintegración en el oeste, Jodl [jefe de Operaciones del estado mayor de la Wehrmacht] sorprendentemente tranquilo. Los finlandeses nos han abandonado». Durante la conferencia celebrada ese día, Hitler empezó a proferir insultos contra el líder finés, el mariscal Mannerheim. También se puso hecho una furia porque el *Reichsmarschall* Hermann Göring ni siquiera se dignó

a hacer acto de presencia en un momento tan crítico e incluso sugirió disolver los escuadrones de la Luftwaffe y destinar a los miembros de las tripulaciones de los aviones a las unidades de artillería antiaérea.

Como el Ejército Rojo ya se encontraba en la frontera de Prusia Oriental, Hitler temía que los soviéticos organizaran una operación paracaidista para capturarlo. La Guarida del Lobo había sido transformada en una verdadera fortaleza. «En aquellos momentos había una cantidad enorme de dispositivos —escribiría Traudl Junge, su secretaria—. Había barreras de control y nuevos puestos de vigilancia por todas partes, minas, alambradas de espino, torres de vigilancia.»²²

Hitler quería que un oficial de su confianza estuviera al frente de las tropas encargadas de protegerlo. El *Oberst* Otto Remer, al mando del batallón de la guardia *Grossdeutschland*, había frustrado la conspiración del 20 de julio en Berlín, de modo que Hitler, al enterarse de la solicitud de Remer de ser trasladado de nuevo al frente, lo mandó llamar para que creara una brigada encargada de proteger la Guarida del Lobo. Formada en un principio con integrantes del batallón de Berlín y del Regimiento de Artillería Antiaérea «Hermann Göring» con ocho baterías, la nueva brigada de Remer no paró de crecer. La *Führer Begleit Brigade*, o Brigada de Escolta del *Führer*, se creó en septiembre para defender la Guarida del Lobo del «aterrizaje de dos o tres divisiones aerotransportadas». Lo que el mismísimo Remer definía como «inusual formación»²³ de varias armas tuvo prioridad absoluta en armamento, equipos y «soldados de primera línea con experiencia», principalmente de la División *Grossdeutschland*.

En la Guarida del Lobo se respiraba un ambiente de profundo abatimiento. Durante unos días, Hitler permaneció en su dormitorio, echado en la cama, apático, mientras sus secretarios «mecanografiaban montones de informes que hablaban de pérdidas» tanto en el Frente Oriental como en el Occidental.²⁴ Por su parte, Göring, presa del mal humor, seguiría en Rominten, alojado en la finca de caza de los Hohenzollern en Prusia Oriental de la que se había apropiado. Tras el fracaso de su Luftwaffe en Normandía, sabía perfectamente que había sido superado por sus rivales en la corte del *Führer*, especialmente por Martin Bormann, todo un manipulador que al final se convertiría en su justo castigo. Su otro adversario, el *Reichsführer-SS*

